

Capítulo sobre la Regla de San Benito – CFM – Roma 15.09.2011

La tercera característica del buen celo que deben tener los monjes es: “se emularán en obedecerse unos a otros – *obœdientiam sibi certatim inpendant*” (72,6).

Es interesante, diría casi irónico, que san Benito presente la obediencia recíproca entre los hermanos como una emulación, como una competición. Porque, de por sí, la obediencia es un someterse al otro, un aceptar que el otro nos sea superior, que nos pase por delante. Por lo tanto, es como si san Benito nos pidiese ponernos en competición para perder. Vence quien pierde, ¡quien llega el último!

¿Por qué esto, por qué presentar la obediencia recíproca de esta forma en comunidad? Hemos de pensar en los pasajes del Evangelio en los que los discípulos de Jesús, casi hasta la vigilia de la Pasión, compiten y luchan por ver quién es el más grande entre ellos. Esta ambición, esta lucha, es la gran dinámica del mundo que, por desgracia, continúa y continuará también deteriorando a la Iglesia. La lucha por el poder es la energía que mueve el mundo, la economía, la política, y todos los ámbitos de la vida social. Se hace por competir, no por servir, sino para someter; no por obedecer, sino por dominar.

Jesús continúa repitiendo a sus discípulos de todos los tiempos: “Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar bienhechores; pero no sea así entre vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más pequeño y el que gobierna como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve.” (Lc 22,25-27)

La competición del orgullo del mundo por el poder y el dominio de los unos sobre los otros ha sido vencida por el hecho de que el más grande, el Dios hecho hombre, ha ido totalmente contracorriente y ha elegido para sí el último lugar, el lugar del siervo. Jesús ha iniciado una competición contracorriente, ha invertido la escala de valores. Ha puesto la meta de la carrera de la vida al contrario de donde la pone el mundo. Vence quien pierde, reina quien sirve, es más grande quien se hace pequeño, se levanta el que se abaja, vive con plenitud quien pierde la vida por los demás.

La obediencia recíproca que san Benito pide entre los miembros de la comunidad no es, ante todo, una cuestión de orden a seguir, aunque en el capítulo 71, donde se trata de la obediencia entre los hermanos de la comunidad, se menciona también este aspecto; es más bien una cuestión de servicio recíproco, de hacerse siervos los unos de los otros. Precisamente la idea de competición en el obedecerse nos hace entender que esta obediencia no espera un orden, sino que previene aquello de lo que el hermano, o la hermana, puede tener necesidad, o que puede desear o querer de nosotros.

La comunidad se convierte, de este modo, en un ámbito de vida que nos educa constantemente a la renuncia al dominio, al poder. El deber cerrar la carrera de la ambición para continuamente ofrecer a los hermanos el servicio del que tienen necesidad; si lo hacemos con libertad, consintiendo, nos libera de la esclavitud de la ambición, de la sed de poder que es la más insidiosa y sutil idolatría.

La sed de poder, lo veo en cada comunidad, se insinúa por todas partes, puede nacer y arder con motivo de todo. Su fruto es siempre la división, la discordia en la comunidad. Entre algunos puede producir connivencia, complicidad, pero esto la hace aún más potente y acentúa su fuerza disgregadora de la comunidad. En el Evangelio se ve cómo la ambición de algunos discípulos de ser los más grandes, provoca el descontento de los otros y, por lo tanto, la división entre ellos (cfr. Mt 20,24).

En un caso, el Evangelio nos hace entender que esta ambición la heredamos a menudo en familia. Es la escena de la mujer del Zebedeo, que presenta a Jesús a sus hijos Santiago y Juan, pidiéndole que se sienten a su derecha y a su izquierda en su Reino (Mt 20,20-21). Muy a menudo, la necesidad de conseguir, de ser los primeros, de tener éxito, lo hemos asimilado de nuestros padres, de nuestras familias. Y en sí, esto es normal; es normal que los padres deseen la realización óptima de la vida de sus hijos. El problema es que, con frecuencia, el éxito que los padres desean para nosotros no es en realidad evangélico, aunque, consciente o inconscientemente, lo llevemos hasta el monasterio, hasta nuestras relaciones con Cristo. Llegamos incluso a pedir a Jesús realizar nuestro proyecto humano de logro y éxito. Y a Jesús, que no solo ha anunciado su pasión y muerte, como hace antes de la petición de la madre de Santiago y Juan (cfr. Mt,17-19), sino que, en nuestro caso, ya ha sufrido y muerto por nosotros.

El hecho es que, a menudo, estamos determinados más por nuestra ambición, y por la ambición de los demás sobre nosotros, que por la muerte y resurrección de Jesucristo.

¿Cómo sanar esta falta de conciencia de la venida de Cristo y de la libertad de la ambición mundana que nos habita y nos ata?

Jesús nos muestra el lavatorio de los pies (cfr. Jn 13,1-20), nos muestra el camino del servicio recíproco, como posibilidad de conversión de nuestra sed de poder y dominio. La comunidad como espacio de obediencia recíproca es un ámbito que lentamente, constante y pacientemente, reeduca el deseo de nuestro corazón, un lugar que nos permite retomar siempre de nuevo la posición justa ante la vida, los hermanos y hermanas, ante Cristo, ante nosotros mismos: la posición que nos mueve a servir, que sirve con libertad, que obedece libremente a la necesidad y a la voluntad del otro.

De este modo, san Benito nos indica la comunidad como un lugar concreto en el que nuestra libertad puede elegir constantemente ser liberada del replegamiento sobre el propio proyecto para dilatarse hacia el espacio sin límites de la caridad que sirve y da la vida.

P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist.